

## *El vigilante*

No sé quién habrá construido aquí este hotel y me ha puesto a mí de vigilante. Y si hacen las cosas, que las hagan como Dios manda. Que pongan unos turnos como en todos los trabajos, un tío en el turno de mañana, otro por la tarde, otro por la noche y otro librando para poder descansar y tener vacaciones como todo el mundo. Pero no, han construido el hotel y me han dejado a mí solo con todo el marrón.

Y es que esto es muy aburrido, por aquí no pasa ni Dios. Al principio había más ambiente, los creadores se reunían para hablar, discutían sobre si los uniformes de los empleados tenían que ser de color magenta, de cómo tenía que ir el portero vestido, que los ascensores tenían que estar en el centro del hall y ser transparentes, qué sé yo... Además, con el vigilante de las obras y el perro Custer tenía muy buen rollo: éramos como una familia, pero desde que se acabaron las obras no he vuelto a saber nada más de ellos, aunque cada vez que ladra un perro pienso que es Custer, que viene a verme.

Pero hace tiempo que no viene por aquí nadie y aún faltan muchos detalles. Por ejemplo, tanto hablar y tanto hablar y ni siquiera han puesto un reloj bien visible para que la gente pueda ver la hora y yo me pueda tomar las uvas esta noche, el sistema informático no está en marcha, y los televisores no funcionan porque están conectados al sistema... total, una chapuza; modernista, pero una chapuza.

Menos mal que yo me he traído el transistor. Podría escuchar las campanadas por el móvil, pero eso es lo que me faltaba, oír las campanadas por el móvil. Las oí en el transistor, como toda la vida cuando no ha habido más remedio. Me sentaré en la mesa de entrada, porque en todas las películas y en todos los libros con una escena de un edificio solitario hay una mesa en la entrada con un vigilante que tiene el flexo encima de la mesa alumbrando la novela o el libro de crucigramas y el transistor al lado sujeto con una goma para que no se suelten las tapas y una tirita de celofán fijando el dial para que no se mueva la emisora.

Yo me tomaré las uvas con Radio Nacional, que no falla nunca. Doonnn, uva, Doonnn, uva, Doonnn... así hasta once, todas menos una, que siempre me gusta dejar la última en el plato, sola, como si esa uva única y superviviente fuera una prueba de resistencia. Y después me iré a hacer una ronda. Me daré una vuelta por las tiendas de lujo, que todavía están cerradas y vacías, pero es un impulso de responsabilidad profesional que no puedo evitar, y después de la ronda me buscaré un buen sofá cerca

de las ruinas que han dejado... ¡Qué manía con dejar en pie las cosas viejas! Un molino, o unas piedras que dicen que son de un molino y que quitan un montón de sitio a los camareros. Si hubieran alicatado todo el suelo podrían poner más mesas en el comedor, que van a hacer falta, pero como hay tanto listillo por el mundo pues hay que joderse con este montón de cascotes en medio del salón que no hacen más que molestar. Y del jardín japonés ni te cuento. Eso sí que es una mariconada, un patio con unas cuantas flores enanas y ya tenemos un jardín japonés. Yo lo que ponía ahí era un tragal con sus amapolas, porque donde estén esas espigas ondulando con el viento y unas amapolas rojas con ese rojo cálido que le enciende a uno de pura pasión, que se quiten las “chuminás” japonesas.

Pero en fin, lo han hecho así y hecho está. Seguro que en este hotel sucederán muchas historias: historias de fantasmas, de amoríos, de amantes heridos y amantes atrapados en sus propias historias, de secuestros, de encuentros y desencuentros, de soledad. Ya tengo ganas de que empiece a funcionar y de tener compañeros, que aunque esta noche me tome las uvas en la mesa de la recepción, con el flexo y el transistor, y me hinche a hacer crucigramas, no es plato de buen gusto estar siempre solo como esa última uva que me gusta dejar en el platito un año sí y otro también.

Y luego te pones a pensar y das conque nuestra soledad, la soledad de los personajes de ficción, no es culpa nuestra sino que es un reflejo de la soledad de los escritores y nosotros no tenemos nada que ver con ella. Ojalá el hotel se llene pronto de vida y yo me quite de encima esta soledad que me aplasta. Sí, ya lo estoy viendo, los televisores funcionando, el ascensor transparente subiendo hasta las estrellas, la gente cruzando con admiración el hall de entrada, yo consultando el cuadrante de los turnos...

Y si todo funciona, prometo que el año que viene me tomaré las doce uvas sin dejar ninguna en el plato.